



2.4

Pueblo vivo.

*Libardo Jajoy
Pueblo Inga - Santiago Putumayo.
Colombia.*

“El mundo cambia cuando las personas cambian, el poder para ganar es luchar, el arte de vivir es servir...” Siempre escuchaba estas palabras cuando mi abuelo, alrededor del fuego, me contaba su historia.

Cuenta que en tiempos antiguos todo era muy real, donde los ancianos hablaban con los animales y se conectaban con el espíritu de las montañas. Me contaba, entre suspiros, que en tiempos pasados todo era paz y mucha libertad donde mi pueblo celebraba con sus hermanos, danzando con el sonido de los tambores y vientos; después compartían sus saberes, sus alegrías y los aprendizajes de cada día; junto a ello, ofrecían inmensos banquetes de sus grandes cacerías y lo compartían con sus hijos y su gente...

Hasta que un grupo grande de hombres blancos llegaron a nuestras tierras llenas de mucha ambición y maldad; mataron a nuestros hijos, tomaron nuestras propiedades y violaron a nuestras mujeres. Así fue como empezó el gran sufrimiento de mi pueblo. Entre sangre, gritos y lágrimas fuimos reunidos alrededor de nuestro fuego; los hombres blancos cubrían nuestras espaldas con armas que tiraban fuego, quitando e hiriendo la vida de mi gente.

Sentíamos mucho miedo, ni una palabra salía de nuestra boca. En esos momentos el viento sopló fuerte, las flores y las hojas secas rociaban nuestro cuerpo, de repente sentimos llegar a alguien de gran energía y esplendor, lo vimos sentado en la mitad del fuego, de estatura muy baja, su pelo se mezclaba entre llamas, la vestidura brillaba formando muchos colores. Con voz prepotente empezó a hablar: “-¡no teman! El llanto y el dolor me llamo hasta aquí. Yo soy aquel que protege las montañas, los animales y a ustedes; los de piel blanca no me pueden ver ni escuchar mis palabras, únicamente sus oídos y ojos recibirán mi mensaje... Hoy al caer el sol y al llegar la oscuridad ellos escucharan nuestros pasos, ruidos y nuestras energías contra su maldad-”; dicho esto desapareció...

En medio de las nubes, el sol ya indicaba el medio día. Mucha sangre y muchos cuerpos se encontraban arrinconados en un solo lugar, los gritos y las burlas de los blancos herían el corazón. Un anciano muy sabio agachó la mirada y de sus mejillas se vio rodar una lágrima de mucho dolor al ver a nuestro pueblo en manos del hombre blanco, que poco valor le daba a la vida en ese momento. Después nuestro anciano empezó a cantar con voz tan alta que su melodía resonaba en nuestros corazones y así nos daba mucha fuerza para soportar lo que podía venir. Pero el que comandaba a los hombres blancos mandó a callarlo, pues su cantar incomodaba su reposo... El anciano levantó la mirada al hombre blanco que lo callaba y le sonrió, parecía haberlos confundido con su expresión. Nuevamente agacho la mirada y en

ello ocurrió algo impresionante: no movía los labios, ni susurraba, pero escuchábamos su canto de fortaleza para nosotros, parecía que él entraba a nuestros oídos y nos daba un nuevo mensaje que decía: “ya llegará la hora donde el poder de mis ancestros caerá sobre ellos convirtiéndolos en cenizas”, esto fue lo que todos escuchamos.

Entre los blancos habían tres hombres de piel oscura y de gran estatura, ellos se encargaban de darles de comer, uno se acercó a nosotros dándonos alimentos de la sobra de nuestra cacería, pero un hombre blanco intervino golpeándolo con azotazos. Después los tres fueron encadenados junto a un tronco; parecía que el pueblo de ellos fuese sometido de la misma manera que nuestro pueblo.

Ya muy tarde, un hombre blanco llegó expresando mucha alegría, éste daba unos brinco y se arrodillaba como dando gracias. Con sus palabras dio una información que todos ellos se alegraban de escucharlo. Pues habían entrado a nuestro sitio sagrado de ofrecimiento, recogieron nuestras piedras preciosas y los grandes ofrecimientos que a nuestro Padre Sol le habíamos dado. Queríamos entrar en defensa de ello, pero los hombres blancos nos dominaban con sus poderosas armas de fuego. Muchos de ellos lo celebraban bebiendo agua extraña, se abrazaban unos a otros apuñando nuestras piedras entre sus manos, se burlaban de nosotros, en su lenguaje nos insultaban y también nos escupían.

Ya muy tarde, cuando nuestro Padre Sol se escondía entre las montañas, ellos se armaron en grupos y nos ataron las manos y los pies colocándonos boca abajo y esperando la orden del hombre blanco para acabar con la vida de nuestro pueblo. Cuando la noche cayó nos fueron levantando y arrodillando uno por uno, con sus armas apuntaban la cabeza y después quitaban la vida de mi gente. Nuevamente nuestro corazón comenzaba a palpar de miedo, pues sabíamos que todos íbamos a morir. De repente, el viento sopló muy fuerte moviendo los árboles y la neblina cu-

brió nuestro espacio; todo quedó en silencio, los hombres blancos se miraban unos a otros preguntándose qué sucedía.

En ese momento se escuchó muchos pasos y voces correr detrás de los árboles y nuestras chozas, los blancos empezaron a disparar por todas las direcciones sin saber a quién le daban; los tres hombres de piel oscura dieron un grito fuerte indicando con sus expresiones que en la cima de un árbol algo se movía. Cuando el hombre blanco dio su mirada a aquella dirección fue atravesado por dos lanzas y muchas flechas, su cuerpo cayó por el suelo, las raíces de los árboles se lo tragaron y, como por arte de magia, se perdía en la tierra sin dejar rastros.

Estos con más furia empezaron a disparar y a recargar sus armas; de la punta de los árboles comenzaron a salir unas sombras que cayeron en el suelo, se acercaron a los hombres armados y arrastrándolos de los pies se los llevaron detrás de los arbustos, se escuchaba un grito y se callaban, y así uno por uno iban desapareciendo los hombres blancos sin dejar rastros. Pues habían llegado todos los espíritus de las montañas a ayudarnos y por último vimos caer en la mitad del fuego al hombre blanco que comandaba a los demás, y notamos las sombras de los espíritus de las montañas que nos habían salvado.

Los espíritus nos desataron, también desataron las cadenas de aquellos hombres de piel oscura. Luego todos nos ubicamos alrededor del fuego esperando que desaparezca la neblina, mientras tanto los espíritus nos sanaban las heridas y nos indicaban con qué plantas curarnos. Cuando ya venía el amanecer aquel gran amor de nuestro pueblo y las montañas apareció en el fuego junto con los espíritus de cada cosa, y, nuevamente, habló: “-Nadie ni nadie nos derrotara si nosotros nos mantenemos unidos y en un solo caminar, como el fuego necesita de la leña para seguir su llama, así ustedes deben servirse unos a otros para seguir iluminando-”.

Dicho esto, de su boca sacó una planta y tomándola entre sus manos dijo: “-Esta es una planta sagrada que cuando crezca ustedes tomarán de ella para poder vivir y mirar las cosas que vengan, así estarán preparados de aquellos que vengan a dominarlos-”, también nos dio muchas semillas para sembrarlas y de ello vivir junto con nuestra casería.

Dándonos todo esto ellos desaparecieron cuando el rayo de nuestro Padre Sol cayó sobre nuestro cuerpo, también desaparecieron los cuerpos de nuestros hermanos muertos, y los hombres de piel oscura quedaron junto a nosotros practicando lo que el amo nos había enseñado.

Desarrollamos mucho más nuestra casería, nuestros cultivos de aquellas semillas y la planta sagrada fue la vida y la base de mi pueblo para seguir fortaleciéndolo.

Esta es la historia que mi abuelo me contaba y que mis antepasados vivieron. Junto al fuego y el compartir es como nace una nueva palabra para que las nuevas generaciones abran sus ojos y sus oídos, porque hoy comienza una nueva historia.